

El reconocido pedagogo italiano aboga, una vez más, por escuchar y tener en cuenta las voces de los más pequeños.



Entrevista a Francesco Tonucci

Padres y Maestros

El pasado 13 de noviembre Francesco Tonucci participó en Ourense en las "V Jornadas Universitarias sobre los derechos de las niñas y los niños: el respeto a su opinión". Tras su magistral intervención tuvimos la suerte de compartir con él unos minutos. A continuación intentamos recoger las aportaciones más interesantes que se produjeron en este encuentro:

Padres y Maestros: Para comenzar nos gustaría saber cuáles son las fuentes de las que ha bebido para desarrollar su pensamiento pedagógico.

Francesco Tonucci: Mis puntos de referencia son fundamentalmente: Freinet, pedagogo francés, otro es Don Milani, de la escuela Barbiana y más recientemente: Mario Lodi y Malaguzzi que trabajó mucho en las escuelas infantiles de Regio Emilia. Estas son mis referencias más próximas.

Anteriormente tenemos todo el pensamiento sobre el desarrollo de Vigotsky, Bruner y después el movimiento constructivista que hoy está muy presente en los movimientos de renovación pedagógica.

PyM: Han pasado ya más de treinta años desde su primera publicación. En este tiempo, qué cosas han cambiado, en qué cosas se ha afianzado y cuáles se han desvirtuado con el tiempo.

F. T.: En general el tema de la educación es como una ola que va y viene y que sigue moviéndose desde una actitud más transmisiva a otra más constructivista. Sigo creyendo que aún no se han tocado en profundidad algunos temas básicos. Hace tiempo que no me ocupé de temas educativos, ya que ahora me estoy dedicando en cuerpo y alma a esto de la participación de los niños en la vida de la ciudad; aún así, lo que más me preocupa en el ámbito educativo es que se dedica poca energía, pocos recursos a la formación del profesorado y sigo pensando lo que expresé hace muchos años: lo que hace a la escuela sigue siendo el maestro. Un buen maestro va a ayudar a construir una buena escuela a pesar de que las leyes educativas sean malas y viceversa. Está demostrado que las leyes no son suficientes para cambiar la escuela.

Un segundo punto básico es que la escuela más importante es la de los primeros años. Sin embargo nuestros países siguen poniendo la atención sobre los niveles más altos. Los maestros más preparados, los mejor pagados y en condiciones sociales mejores, los más reconocidos son los que enseñan en la Universidad o en los Institutos. Si es verdad que los años decisivos en la vida de un hombre y de una mujer son los primeros no coincide el interés social en nuestras sociedades sobre esta etapa.

En Italia, por ejemplo, hasta hace unos años (6 ó 7) teníamos vergüenza de que la carrera de maestro de Infantil, terminaba a los 17 años y la de Escuela Primaria a los 18; y tan sólo desde hace 12 años, los profesores de la Escuela

Media tienen la obligación de ser licenciados. Ahora se está poniendo remedio a esto, se está modificando la ley, pero es muy grave que en un país moderno se haya hecho algo así durante tantos años.

Y por último creo que no se ha asimilado aún lo que significa que una Escuela sea para todos. Sigo pensando que la escuela que estamos proponiendo, a pesar de las óptimas intenciones y capacidades de algunos maestros, sigue siendo para unos pocos y ofrece una propuesta educativa que la mayoría de los niños no pueden seguir. Es verdad que hoy la escuela no rechaza a ningún niño, pero tampoco le ofrece lo que necesita. La escuela debería ser un lugar donde las diferencias sociales se modifican y se recuperan pero en cambio sigue siendo un lugar que aumenta estas diferencias.

Hace muchísimos años, en los años 70, hicimos un estudio que concluía que las diferencias sociales entre niños de tres años eran muy pocas, pero que aumentaban enormemente cuando los niños comenzaban su trayecto escolar. Mucho me temo que esto sigue siendo verdad.

PyM: Cambiando un poco de tema, ¿De dónde viene su afición por el dibujo?

F. T.: Me viene de un regalo que recibí de la naturaleza. Yo siempre me consideré un artista, un pintor, un dibujante... Dibujé mucho antes de ocuparme de la educación, mucho antes de que llegase la Psicología. Hubo un momento en el que estuve a punto de dejarlo todo y dedicarme enteramente al arte. Tuve una propuesta de un famoso pintor americano que quería que me fuese a EEUU a estudiar con su maestro escultor; cuando llegó el momento de tomar la decisión me eché atrás. Dejé por tanto el camino artístico y me dediqué a los estudios, hice la carrera de Pedagogía que cuando yo la cursé era fundamentalmente Filosofía. Tenía el deseo de conocer en profundidad esta ciencia y cuando entré en el Instituto de Psicología del Consejo de Investigación Nacional Italiano, que corresponde a vuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas, empecé hacer investigaciones en esta disciplina. De una manera muy intuitiva entré en contacto con las realidades que me interesaban más que con los libros y los autores, fui conociendo muy desde dentro la escuela, asistiendo a clases, reflexionando sobre lo que iba ocurriendo... Así en el 68 cuando todo el mundo estaba buscando maneras de comunicación más directas, más posibles, más impactantes para la gente, nació el personaje del niño, con pocas rayas, que acompañaba un poco las cosas que yo escribía. Al principio me daba bastante vergüenza dibujar viñetas porque me parecía, tanto por mi faceta de artista como por mi faceta de investigador, que era una producción de bajo nivel, y por esto me oculté bajo un pseudónimo. Aunque después Frato ha tenido una carrera muy interesante, siguió trabajando mucho, publicó libros... hasta que un gran maestro de la Psicología francesa al que le gustaban mucho mis dibujos me pidió publicar el libro "La soledad del niño" dentro de la colección que él dirigía. Un libro de dibujos en una colección científica, éste fue el momento más grande de la carrera de Frato.

Descubrí entonces el valor pedagógico de las viñetas. Pongamos algún ejemplo: (la de la portada del libro "La ciudad de los niños"). Los niños están jugando en la calle, en la ciudad y delante de ellos hay un cartel "perdonar las moles-

tias, estamos jugando para vosotros". Esta viñeta resume con una imagen y con una frase, un proyecto: "La Ciudad de los niños", porque exactamente este proyecto propone poner de nuevo a los niños en la calle si queremos salvar la ciudad. A partir de este cartel yo podría escribir un libro porque jugar significa prepararse para ser unos adultos mejores, pero también significa que habría que reeducar a los adultos porque si los niños jugasen en la calle, los adultos no podrían tener una actitud tan prepotente con sus coches por ejemplo, Habría que empezar a discutir de quién es el derecho, a quién le toca la calle, si es verdad que nosotros podemos ocuparla confinando a los niños dentro de las casas. La viñeta tiene la capacidad de impactar fuertemente, de ser un estímulo para la discusión, para el planteamiento de problemas... normalmente no tiene la capacidad de resolverlos. También sumando viñetas puede salir un discurso a pesar de las palabras. Cuando yo escribo un libro, obviamente trabajo mucho más a fondo. Mi último libro representa bien esta relación entre las viñetas y las palabras de los niños y el análisis que hace el autor a partir de esas palabras.

En esta otra viñeta (Fig. 2) el niño está casi aterrorizado de que los adultos le escuchan y esto representa muy bien lo que yo percibí con muchos niños. Cuando descubren que los adultos de verdad les están escuchando, que están dispuestos a tener en cuenta lo que dicen, su reacción es: "tengo que pensar bien lo que voy a decir". Normalmente los niños pueden decir lo que quieren porque los adultos no les hacen caso, pero si ocurre lo contrario, es una novedad absoluta, un milagro, entonces el niño se carga de responsabilidad.

PyM: Ha venido a nuestra tierra para hablar de los derechos de las niñas y de los niños, ¿qué opina de la Declaración Internacional de estos derechos y qué camino nos queda aún por recorrer en este ámbito?

F. T.: Este es un tema que yo no entiendo muy bien. Creo que son muy pocos los que han estudiado en serio los puntos de la Declaración de los Derechos del Niño. Cuando yo lo intenté me quedé espantado; la consideré un texto utópico y casi absurdo, como ocurre la mayoría de las veces cuando los adultos tratan temas relacionados con los niños. Pongamos algún ejemplo:

El artículo 12 dice que los niños tienen el derecho de expresar su opinión cada vez que se toman decisiones que les afectan; ¿cuándo ocurre esto?, hace 14 años que se firmó esta Declaración y el contenido de este artículo aún nos queda muy lejos. En la familia creo que todas las decisiones



Figura 1



Figura 2

que se toman afectan a los niños. Tener otro hijo, mudarse de casa, divorciarse...o cualquier otra cosa como cambiar los muebles por ejemplo, claro que afectan a los niños y ¿tenemos la costumbre de preguntarles?

En la escuela también afecta a los niños todo lo que se hace, y tampoco existe el hábito de consultarles. La escuela debería tener una organización

interna de tipo democrático, en la cual pueda haber una asamblea de clase con unos representantes que se reúnan entre ellos y que se reúnan a su vez con los directores de la escuela para examinar y discutir las decisiones que se tienen que tomar. Yo conozco algunas escuelas que están empezando a hacer este recorrido, pero no es un movimiento mayoritario, no es algo generalizado, no es obligatorio, es decir, que nadie

está pidiendo a las escuelas que respeten el Artículo 12 de la Declaración de los Derechos del Niño.

Y en las ciudades esto me parece ya casi imposible; en los dos ámbitos anteriores podría ser más fácil y aún así no se hace. Si bien todas las decisiones que toma un alcalde o un gabinete de gobierno de la ciudad afectan también a los niños y quién les consulta, o qué tendríamos que hacer para consultarles, dónde están los niños. Por eso yo me quedo perplejo cuando la gente sigue hablando de la Declaración de los Derechos de los Niños como si fuera algo ya alcanzado.

El Artículo 31 se refiere al derecho al juego. Creo que todos los que han estudiado el desarrollo del niño están de acuerdo en que los primeros años de vida son los más importantes. Si tenemos en cuenta que durante los primeros 6 ó 7 años de vida, la actividad que predomina es el juego creo que no sería muy desabellado decir que si un niño no juega difícilmente va a llegar a ser un adulto eficaz, sereno, productivo, creativo... por lo tanto, el juego no sólo debería ser un derecho, sino un deber. Deberíamos garantizarles a los niños unas horas de juego al día, tanto o más que las horas de sueño. En la escuela por ejemplo, los deberes se comen todo el tiempo de ocio de los niños. Los profesores que deberían ser quienes más conocen las necesidades de la infancia piensan que enseñar a escribir, a leer, la geografía, la historia... es mucho más importante. Pues como este, hay muchos más artículos en la Declaración de los Derechos del Niño que no se respetan.

Cada 20 de Noviembre en Italia se acostumbra a regalar esta Declaración que está escrita de una manera totalmente incomprensible para los niños. Por eso en mi último libro incluí una traducción que hice para ellos junto con otras personas y un jurista. También especifico que cualquier asociación, escuela, institución etc. la puede utilizar e incluso publicar sin pedir permiso porque el objetivo es



«Deberíamos garantizarles a los niños unas horas de juego al día, tanto o más que las horas de sueño»

más aprovechado. En este tiempo libre el niño puede vivir experiencias fundamentales como es la del juego, pero necesita unas condiciones que hoy son difíciles de encontrar, como por ejemplo no tener un control directo. Hoy los adultos piensan que la infancia es tan importante que no se la puede dejar nunca sola. El juego pertenece al mundo del placer y todo lo que es placer no se puede vivir controlado. Esto que nos parece muy sencillo

si pensamos en nuestros placeres adultos, nos resulta difícil concedérselo a los niños; y el niño tiene que tener suficiente libertad para vivir una experiencia propia, tiene que tener un tiempo libre para disfrutarlo, tiene que tener un espacio disponible. Así como el tiempo ha de ser libre, el espacio debe ser acorde a las capacidades del niño, no puede ser siempre el mismo. Por ejemplo el corralito es un espacio bloqueado, un espacio cerrado, no permite salir, explorar, la manta sí. El patio del colegio también es un espacio bloqueado para los niños, siempre lo mismo año tras año...

PyM: ¿Y qué ocurre con este espacio en la ciudad?

F.T.: Lo que ocurre es que la ciudad ha perdido el espacio común, el espacio compartido, lo que hace de un conjunto de casas una ciudad es la presencia de espacios públicos. La ciudad de hoy prácticamente ha renunciado a este espacio porque lo ha dejado en manos de los medios privados. El coche es el dueño de la calle de hoy. Al no existir un espacio público la ciudad no sabe dónde acoger a los niños, dónde acoger a los ciudadanos y por eso va construyendo rincones separados y especializados para cada uno, el espacio para la tercera edad, el espacio para los minusválidos, el espacio para la infancia... esto es una manera de negar la realidad de la ciudad.

La ciudad que el niño necesita y quiere cuesta mucho menos de lo que nosotros pensamos, no es una ciudad llena de jardines para niños, sino que es un espacio abierto donde niños, adultos, mujeres y hombres, jóvenes y viejos pueden moverse y disfrutar de los mismos lugares, cada uno con su necesidad, con su estilo, a su manera... creando nuevos modos de convivencia. La ciudad es una ciudad cuando es para todos.

PyM: Tras sus experiencias de participación de los niños en los órganos políticos ¿es optimista respecto a este cambio que es tan necesario para las ciudades?

darle la máxima difusión entre niños y jóvenes.

PyM: Recuperando ese derecho al juego, ¿por qué cree que hoy los niños no juegan tanto?

F.T.: Antes el niño o la niña podía perder el tiempo, hoy no. Hoy hay que aprovechar todo el tiempo para hacer cosas importantes. Y sin embargo, yo creo que el tiempo "perdido" es el

F.T.: Ser optimista es difícil, se puede hacer, es posible, pero no es fácil. Por eso nosotros nos movemos dentro de dos ejes, uno es la autonomía de los niños y otro la participación; los dos están muy conectados. Si los niños participan en la vida de la ciudad es una forma de vivir su ciudadanía de una manera muy fuerte. Ser reconocido como ciudadano es para ellos realmente importante.

Una ciudad que permite a los niños moverse y que acepta escucharlos y tenerlos en cuenta, es una ciudad que está buscando un futuro distinto. Esto no es fácil puesto que hay que ir en sentido contrario y esto siempre resulta incómodo. Los adultos tendrían que renunciar a muchos privilegios que hoy consideran como derechos: aparcar el coche delante de la puerta de casa o de la escuela, por ejemplo. Estos privilegios tendrían que reducirse para ceder tiempo y espacio a los niños.

PyM: Actualmente, ¿hay alguna ciudad que haya conseguido este objetivo?

F. T.: Sí, en muchos sitios se están moviendo en este sentido, aunque yo creo que el conflicto tiene que ser permanente. Ahora mismo no se puede decir que una ciudad es "la ciudad de los niños" tal y como la he soñado, pero hay muchas que se han puesto en marcha y eso es lo importante. Es un proceso cultural que supone escuchar a los niños, escuchar a los ciudadanos, tener en cuenta sus opiniones.

PyM: ¿Cuál es el papel del pedagogo en todo este proceso?

F. T.: Este no es tanto un tema de pedagogos, es un tema político que pertenece a la administración de la ciudad. Si bien, está claro que cada uno de los agentes que entran en contacto con el niño tiene una responsabilidad, la tiene la escuela, la tiene la familia, la tiene la ciudad, el médico... hasta el juez, porque hoy hay también una interpretación jurídica que contradice la autonomía de los niños, parece que en la ciudad de hoy es ilegal que los niños sean autónomos.

PyM: Hablemos ahora de su último libro: "Cuando los niños dicen ¡basta!"

F.T.: Escribí este libro para dar cuenta de alguna manera de lo que habían sido los 6 últimos años. Relatar lo que ha acontecido desde el libro anterior, en el 96, cuando el proyecto "La ciudad de los niños" era sólo una experiencia de Fano. En estos momentos es también una experiencia de Rosario, de Roma, de muchas otras ciudades. En lugar de inventar capítulos, elijo una frase, una propuesta que surge de alguna experiencia de participación infantil y la comento. Analizo cada propuesta en dos sentidos, por un lado, por qué un niño dice esto (lo que me permite describir la condición infantil de hoy) y por otro lado qué ocurriría si tuviésemos en cuenta esta opinión de los niños (y esto me permite hablar de las experiencias que se han llevado a cabo en las distintas ciudades).

PyM: Nos gustaría ahora que comentase dos de esas propuestas a las que se acaba de referir. "Para ser felices hacen falta 2 ó 3"

F. T.: Me interesó mucho esta frase de una niña pequeña, porque para mí habla de tres cosas muy importantes. En primer lugar habla de felicidad, y me interesa mucho que este tema no se considere como algo superado porque esto sería terrible. Parece que ahora no está de moda hablar de felicidad y sin embargo yo creo que cuando dos personas deciden en

un acto de amor, dar la luz a un niño lo están destinando a la felicidad, este tiene que ser el objetivo de la vida. Claro que después no va a ser fácil, pero renunciar a esto como objetivo es muy grave. Por eso he puesto al principio del libro esta frase que casi reivindica el derecho a ser feliz.

El segundo aspecto del que habla es que hay que ser dos o tres. Esto significa que es difícil ser feliz uno solo. Es una reflexión amarga sobre la actual situación de la familia. Los jóvenes tienen miedo, esperan mucho para ser madres y padres... nuestra sociedad debería interrogarse sobre esto.

Y por último, ya en un tono más irónico la frase habla de que no hacen falta demasiados, sólo dos o tres... no treinta ni cuarenta. Es un análisis crítico hacia nuestras propuestas educativas que siempre son masivas, siempre con muchísima gente, como si realmente esto fuese posible. La escuela debería pensar en otras estructuras, en otros espacios que permitiesen el encuentro con dos o tres... no siempre todos juntos en la clase, todos sentados; uno detrás de otro, con el mismo objetivo, las mismas horas, demasiadas horas, perdiendo mucho tiempo.

PyM: "La casa debe ser transparente, así veo lo que hay fuera"

F. T.: Los adultos enseñan a los niños a no abrir la puerta a nadie, a no pararse con nadie, a no aceptar nada de otras personas... porque cada desconocido es un potencial enemigo; esto es terrible. Estamos educando a los niños para desconfiar de los demás. En mis libros repito a mis colegas adultos una recomendación: "Decidles a vuestros hijos que cuando tengan cualquier tipo de problema fuera de casa, paren al primer adulto que encuentren, que no les va a pasar nada". Así, probablemente los niños obtendrán la ayuda que necesiten y a los adultos les quedará la gratificante sensación de haber ayudado a un niño. Pero en general tenemos miedo, un miedo del que es responsable, en muchas ocasiones, la globalización de la información. Es inaceptable que por la dramática muerte de dos niñas en Inglaterra a manos de un loco o de un asesino (siempre ha habido este tipo de gente) todos los niños del mundo occidental hayan perdido un poquito de autonomía. Y sólo porque las televisiones, los periódicos, se han hecho eco de ella en primera página porque saben que es una noticia que impacta y engancha a la gente. Cuando en un pueblecito de Italia presenté el tema de la autonomía de los niños una madre me decía: "Eso está muy bien, pero yo tengo miedo", ¿miedo de qué? le pregunté, "de los pedófilos, por ejemplo". Cuántas veces habéis tenido un problema de pedofilia en vuestro pueblo, "en nuestro pueblo ¡nunca!" (queriendo decir que era inimaginable) y entonces, por qué tiene miedo, "porque lo vi en la televisión". Este es un motivo suficiente para tener miedo, pero es un miedo injustificado. Todos los años son muchos más los niños que mueren ahogados en una piscina y sin embargo a nadie se le ocurre que dejen de bañarse. Una de las experiencias más peligrosas para un niño es viajar en el coche de su madre y de su padre, y esto lo hacemos a diario... Los medios de comunicación tienen por tanto una responsabilidad muy fuerte sobre la que deberían reflexionar. ■